

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

«El que es de la verdad escucha mi voz» (Jn 18,37)

26 de noviembre de 2006

Los seres humanos somos muchas cosas; somos también el terreno donde se libra una lucha, no sólo entre el Bien y el Mal, sino, de modo más personal, entre Dios y Satanás. Pero, ¿se puede afirmar hoy semejante cosa? No se lleva en nuestro tiempo ese lenguaje del Medioevo; ya estamos acostumbrados a pensar y vivir como si Dios no existiera, y no se puede ir por la vida con ese discurso. Son reacciones "modernas", pero la verdad y la mentira se siguen viviendo, aunque hayamos dejado de creer en la posibilidad de conocer la verdad, para convertirnos cada uno en dueño de *nuestra* verdad y moral.

Por esta razón, si el ser humano es un campo de batalla, la fe cristiana tiene que ser un heroísmo y una valentía en una sociedad como la nuestra. Y en ese combate el hombre y la mujer deben desempeñar su papel, como lo desempeña también Dios, que ha aceptado en su Hijo luchar en ese campo, y sufrir con él y en él. E interviene, claro está, la libertad humana, que puede favorecer a uno de los adversarios. Pero sucede, demasiadas veces, que el ser humano no acepta desempeñar ese papel que dé cabida en él a los adversarios que han de luchar, pues no desea que la batalla se instale en su carne y la desgarre. ¿De qué estamos hablando?

Quiero decir que encontramos a muchos que han conocido la luz y la verdad y no quieren lucha: la indiferencia, el miedo, la preocupación por la comodidad y el sosiego les proponen otra solución. ¿Cuál